

muchas otras inscripciones, me contento con citar la del soberbio mausoleo de Nevoleja y Tyché y de Cayo Munácio Fausto.

N.EVOLEIA. I. LIB. TICHE SIBI ET  
C. MVNATIO. FAVSTO. AVG. EX PAGANO.  
CVI. DECVRIONIS. CONSENSV. POPVLI.  
BISELLIAM. OB METITA. EJVS DECREVERVNT  
HOC MONVMENTVN. N.EVOLEIA. TYCHE  
LIBERTIS. SVIS  
LIBERTABVSQ. ET. C. MVNATI. FAVSTI VIVA  
FECIT. I

Después de haber recorrido la vía de los Sepuleros, y antes de volver á subir al coche, echamos una última mirada á Pompeya. Adios, ciudad providencial; tú, á diferencia de tantas otras ciudades, á los golpes de los bárbaros que no dejaron vestigios, fuiste reservada para instrucción de las razas futuras; la espantosa catástrofe que te redujo á una tumba, te conserva en ella viva, sepultada bajo una capa de cenizas. Tú, monumento á la vez antiguo y nuevo, das á conocer el paganismo no solo en los libros, en los recuerdos y en las ruinas, sino en una realidad palpable, y tal como era voluptuoso, cruel, egoísta. Apenas se ha descubierto la cuarta parte de tu recinto, y ya hemos contado nueve templos, dos teatros, un anfiteatro, termas, dos forum, una basílica, un cuartel; ¡pero ni un solo hospital! Por todas partes, en tus templos, en tus plazas, en tus calles, en tus casas, ídolos monstruosos y pinturas obscenas, vivientes testigos de la infamia de tu culto y de la abominación de tus costumbres; aún más; en el lujo y en la distribu-

1 Es decir Nevoleja Tiché, primera liberta, ha hecho este monumento á ella misma y á Cayo Munácio Fausto, del barrio de Augusto (a) a quien los decuriones, con consentimiento del pueblo, han concedido por razón de sus méritos el honor de Bisellium. Nevoleja Tiché lo ha hecho en su vida para sus libertos y para Cayo Munácio Fausto.

(a) Este era el nombre de un barrio de Pompeya.

ción de tus habitaciones, el sensualismo abyecto, el egoísmo y la falta de vida en familia. Adios Pompeya, página de la tremenda historia del mundo pagano, tú enseñás aquí sobre la degradación de la humanidad, más que todos los libros de los sabios. Gracias á tí, el milagro que regeneró el universo resplandeció á mis ojos con un brillo más vivo que el hermoso y esplendente sol que brilla sobre tu entreabierta tumba. . . .!

En medio de aquella Babilonia, es de creerse que Dios contaba algunos elegidos; un signo sagrado encontrado en la casa de Pansa, parece probar que en Pompeya había cristianos. Sabemos por otra parte que San Pedro había pasado á Nápoles en 44; que San Pablo halló hermanos suyos en Pouzzoles en 59. ¿Es creíble que veinte años después del paso de San Pablo y treinta y cinco después del de San Pedro, una ciudad tan importante como Pompeya y apenas distante algunas leguas, no poseyese ningún discípulo del Evangelio?

### 23 DE FEBRERO.

Los Studj ó Museo Borbon.—Vida religiosa.—  
Vida pública.—  
Vida privada de los antiguos.

En 1756 el célebre abate Barthelemy escribía de Roma: "Subo con frecuencia al Capitolio. La primera vez que entré allí sentí el golpe de la electricidad y no podría describir la impresión que me causaron tantas riquezas reunidas. No es ya un gabinete, es la morada de los dioses de la antigua Roma, es el liceo de los filósofos, es un senado compuesto de los reyes del Oriente ¿qué diré? Un pueblo de estatuas habita el Capitolio, éste es el gran libro de los anticuarios." Si el Capitolio es el gran libro de los anticuarios, el mu-

seo de Nápoles puede llamarse el segundo tomo de este gran libro; y no temo agregar que este segundo tomo es mucho más interesante que el primero. Allá teneis la representación, aquí la realidad. A las estatuas de los dioses, de los reyes y de los grandes hombres que hacen del Capitolio un olimpo, un senado, un liceo, el museo de Nápoles añade todos los objetos que servían para la vida religiosa, pública y privada de los antiguos y hasta los alimentos de que usaban. La impresión que sentimos al visitarlo fué tanto más viva cuanto que la vista de los Studj completaba la visita de Pompeya y los recuerdos de Baja.

Ahora, el museo de Nápoles, verdadero bazar de Herculano y de Pompeya, es de tal modo rico, que atendida la multitud innumerable de objetos de todo género que presenta á la curiosidad del viajero, es casi imposible visitarlo con fruto, si no se le visita con orden.

Ayer habíamos estudiado á Pompeya bajo el aspecto religioso, civil y doméstico; era natural seguir el mismo plan en el examen del museo. Así, referimos todos los objetos á tres grandes categorías; la vida religiosa, la vida pública y la vida privada de los antiguos.

I. *Vida religiosa.*—Los templos de Pompeya están en verdad muy bien conservados, pero están vacíos de sus dioses, de sus sacerdotes y de su menaje. Entrad al museo Borbon: hé aquí el olimpo con sus habitantes; volvedlos á colocar con la imaginación en los nichos que habeis visto la víspera y el templo estará animado y el espectáculo será completo. Júpiter Mer-

1 Cuando lo recorrimos contenía el museo Borbon 1,684 objetos de antigüedades egipcias; 110 grandes bronceos; 1,830 estatuas, bustos y bajos relieves en mármol; 6,093 objetos de tierra cocida; 1,300 lámparas; 2,197 objetos de vidrio; 14,000 objetos pequeños de bronce; 2,600 jarras griegas y etruscas; 2,000 pinturas; 1,700 papiros, etc., etc.

rio, Ganimedes, Baco, Flora, Juno, Palas, Vénus, Ibes, Sérapis, Apolo, los dioses públicos y domésticos, todas las divinidades están allí de bronce, de mármol, en todas dimensiones, con sus diversos atributos y con aquella belleza *de forma* que sabía dar á sus obras el cincel creador de los griegos. Después de los dioses vienen los instrumentos de sus cultos. Hé aquí altares de todas formas; mirad el que está á vuestra derecha, él os muestra todavía algunos restos de una víctima. A un lado están dos *lectisternium*, lechos sagrados ó ambas consolas en las cuales se colocaban los vasos sagrados y las imágenes de los dioses; un soberbio calentador con su tripié para uso de los perfumes y de las libaciones; los cuchillos de los victimarios, las jarras para recibir la sangre; el pequeño altar de los arúspices con los instrumentos para cavar y examinar las entrañas de las víctimas; las palas para recoger las cenizas; los candelabros de tres de cuatro, de cinco brazos; las páteras para las libaciones; los pífanos, las trompetas, todos los instrumentos de música sagrada.

A fin de animar todos estos objetos, pasemos á la galería de los frescos. Ved á los sacerdotes y á los asistentes haciendo una gran ceremonia en el interior de un templo. Todo parece en movimiento, y por poco familiar que uno sea con los usos antiguos, puede seguir en todos sus pormenores el orden del sacrificio y de la fiesta; se cree oír la armonía de las trompetas y de los coros, el sonido desigual del pífano, y se ven las posturas misteriosas del sacerdote, que baila á la cabeza de la orquesta que le sigue. Por fin, el humo, la llama, los ebis 1 y el bello orden de la multitud recogida os trasladarán al medio del templo y creereis que formais parte del cortejo.

1 Pájaro sagrado de los Egipcios.

Acabábamos de asistir á una ceremonia solemne en un templo público; era preciso ver el culto doméstico ejerciéndose en el secreto de cada familia. Los *Lararium* y los *Sacarium*, visitados la víspera, estaban presentes á nuestra imaginación; hoy nada más fácil que contemplarlos tales como estaban hace diez y ocho siglos á ciertas horas de la mañana y de la tarde, al tiempo en que toda la familia se reunía en ellos. Los pequeños altares de los dioses lares incrustados de plata, los dioses mismos de bronce, de mármol, trabajados con delicadeza; las estufillas elegantes, las jarras, las copas, hasta la ceniza y los restos de las ofrendas, existen todavía sobre los altares en el mismo estado en que fueron sepultados por la erupción del Vesubio; todas estas cosas que veis con vuestros ojos y que tocais con vuestras manos, os hacen estar presentes á las ceremonias del culto doméstico.

Si se agrega á esto los emblemas religiosos, los amuletos colocados sobre la puerta de las casas para preservárlas de las influencias de los géneos malévolos, las cipas <sup>1</sup> de los patios, de los forum, de las fuentes, en una palabra, aquella multitud de objetos religiosos dispuestos á cada paso en las casas y en las calles, se encuentra uno en pleno paganismo; y se ve al pobre idólatra, ya con la copa de las libaciones en la mano, ya con la pátera cargada de flores, de frutas, de pasteles, incesantemente prosternado delante de los dioses sucesivamente crueles, repugnantes, ridículos y casi siempre infames.

II. *Vida pública*.—En los forum y en las basílicas no faltaban ayer más que paseantes, jueces y negociantes; en los teatros, actores y espectadores; en el anfiteatro, gladiadores; en las termas, bañadores;

<sup>1</sup> Columna ó piedra cuadrangular con inscripciones.

en los lavatorios, lavanderas; en las tiendas, marchantes; hoy vamos á ver estos diferentes personajes con su traje ordinario ó de circunstancias; todos habitan el museo Borbon. Lo que llamó desde luego nuestras miradas fué aquel pueblo de estatuas, vivas imágenes de los hombres y de las mujeres que habían recorrido como nosotros las calles de Pompeya, que habían llenado aquella ciudad con el ruido de sus nombres, ó que por su nacimiento, su dignidad ó su importancia histórica, habían sido admitidas en ellas al derecho de ciudadanía.

Unos están á caballo, otros á pié, todos con el traje del tiempo, llenando algun deber público ó entregándose á las ocupaciones ordinarias de la vida. Márcos-Nónios-Balbo, el jóven, y Márcos-Nónios-Balbo, el anciano, residen en las representaciones teatrales de Herculano. Periandro, Licurgo, Ciceron, Públicola, Demóstenes, Eurípedes, Sófocles, Herodoto, escriben, hablan, mandan. Hé aquí en el forum algunos Pompeyanos que restauran sus fuerzas bebiendo líquidos entónces usuales; otros están ocupados en leer los carteles y en mirar dos hermosas estatuas ecuestres. Hé aquí uno que compra nuevas sandalias, jarras nuevas, y por economía, utensilios viejos; aquel come tortas, éste carne. Hé ahí un mercader de *vestidos con galones* que lleva todo su almacén á sus espaldas; delante de él está el comprador. A dos pasos, algunos muchachos y muchachas van alegremente á la escuela, y un jóven artista copia una estatua ecuestre que se apoya en su pedestal. Voltead á la derecha y sois felizmente testigo de una buena acción. Algunas damas dan limosna á un pobre ciego conducido por un perro. ¿Quién sabe? ellas pueden ser tal vez cristianas. Otras mujeres acuden ante la multitud á comprar y vender, mientras que las vecinas, según la antigua cos-

tumbre, charlan con las comadres del cuartel.

Entremos ahora al teatro. Las sillas curules, los *bisellium*, <sup>1</sup> las contraseñas, que aquellos hombres tenían para sentarse hace diez y ocho siglos, en aquellas mismas graderías que habíamos ocupado la víspera, están allí expuestos á vuestras miradas entre los pequeños bronceos. Los rostros de las máquinas empleadas para tender el velo del teatro de Pompeya se encuentran todavía en su lugar. En cuanto al velo mismo, que no podía resistir á la acción del tiempo, está conservado en el fresco representando el *Sirapium* ó velo entero de modo que admira á los más grandes conocedores en antigüedades y bellas artes.

¿Deseáis conocer las diferentes profesiones y manejar las armas ofensivas y defensivas, los útiles, los instrumentos, los escritorios, los pesos y las balanzas de aquellos hombres muertos hace tantos siglos, tan diferentes de nosotros en costumbres, lenguaje, religion, y creemos tal vez, en los usos ordinarios de la vida? basta abrir los ojos y extender las manos. ¿Cuál era el uniforme de las numerosas tropas de gladiadores que vendían su vida para divertir al pueblo? ¿cuál era la armadura de aquellos soldados romanos que hicieron la conquista del mundo? mirad, tocad sus lanzas, sus espadas, sus puñales, sus escudos, sus cascos, sus espuelas; las bridas de los caballos están allí, así como las cadenas con que se sujetaban los piés á los legionarios indisciplinados. En aquella que veis suspendida bajo haces de armas, estaban sujetos cinco soldados cuyos esqueletos fueron hallados en la prisión militar.

Señores miembros de nuestras academias y de nuestros institutos, ¡oh sabios

<sup>1</sup> Ya se ha dicho que es un asiento para una sola persona, en el cual podían caber tres.

del siglo diez y nueve! ¿teneis curiosidad de conocer á vuestros predecesores y de verles trabajar en su gabinete? Entrad; hé aquí uno que compone; tiene en una mano su estilo y en la otra la tablilla untada de cera; su frente está arrugada; es que trabaja en algun noble pensamiento. Su vecino recorre un papyrus; hay mujeres sábias que están en la misma actitud; plumas, tintero, tinta, papel de diferentes clases, y sobre ese papel frases y raspaduras; todo está allí á vuestra vista y podeis, con permiso del cicerone, tomar todo en vuestras manos. ¿Pedís algo más? ¡Ay! tengo que enseñaros en ese mismo papel la polilla impertinente que atentó á las obras del géneo; pero en castigo de su crimen está carbonizada como el mismo papel. ¿Acaso os envaneceríais de ver una biblioteca del siglo de Augusto? Hé aquí las armazones, incrustaciones de madera, de plata, de bronce, que podeis recomendar á los ebanistas de Paris.

Adios la ciencia, salud al comercio. ¿Quereis comprar lámparas, y sobre todo lámparas de dos brazos? Hé aquí la muestra del mercader: es una cabeza de buey que tiene una lámpara de dos picos, y de una proporción desmesurada, como el guante, el sombrero, la bota roja que sirven de muestra á nuestros guanteros, á nuestros sombreros, á nuestros zapateros del siglo diez y nueve. Se encuentran en el almacén lámparas, candelabros de tierra y de bronce de todas formas, de todos tamaños, barnizados y no barnizados. ¿Necesitais lámparas de pié, lámparas sin pié, lámparas adornadas con bajos relieves? hay donde escoger; hé aquí una que conserva todavía su mecha. Dos cosas os admirarán: la perfección del trabajo y la semejanza que las lámparas de aquel tiempo tienen con las nuestras. ¿Quereis linternas? es difícil encontrar otras más elegantes y más sólidas que las de Pompeya. Unas tie-

nen por mango un bonito tigre; otras tienen paredes de talco, especie de piedra trasparente, ó de cuerno, con el fin de apagar un poco la luz y resistir el choque.

¿Buscáis aceite ó vino añejo? entrad à un *Thermopolum*. Las ánforas, las jarras están llenas; y si temeis que el comerciante os engañe, verificad sus pesos, sus medidas, sus balanzas; todo está allí. El sestario y el triángulo para demostrar el nivel de los líquidos, se parecen perfectamente á los que hoy usan los napolitanos. Hé aquí el pié romano; es de hueso así como otras medidas. La mayor parte de los pesos son de piedra ó de plomo; estos últimos tienen escritos de un lado: *Eme*, compra; y del otro *Habebis*, tendrás. Esto recuerda el rótulo de nuestros peluqueros franceses: *Mañana se rasura aquí por nada*; ó la de algunos particulares napolitanos: *Hoy no se fía, mañana sí*.

Pero estais enfermo, y en vez de bebida y alimento necesitais remedios; la botica está abierta. Una pequeña y bonita caja de drogas os presenta pastas preparadas en forma de cilindro para hacer píldoras, y píldoras ya hechas. Necesitais que os hagan alguna operacion, que os arranquen una muela ú os corten un brazo, hé aquí al cirujano. Su estuche muy voluminoso, se extiende á vuestra vista, y los unguentos con que será necesario componer el primer aparato están encerrados en elegantes cajas de bolsa juntamente con pequeños instrumentos de cirujía. Si vuestro caballo necesita una sangría allí está el artista veterinario con sus *lancetas*; puede presentaros hilas bien conservadas. La coleccion de los instrumentos de cirujía hallados en Pompeya, causa todavía la admiracion de los hombres del arte; variedad, riqueza, elegancia, nada deja que desear.

Hace largo tiempo que viajamos y nues-

tra ropa necesira lavarse; pero queremos que sea lavada á la antigua, como se lavaba la de Augusto, de Tito, de Nónio ó de Munácio Fausto. Ya hemos visto el lavadero público, su gran caldera, sus diferentes piezas para recibir, conservar, batir y secar la ropa. Si esto no basta, un bonito fresco contemporáneo de la operacion, nos la da á conocer en todos sus pormenores. El nos enseña que hombres, mujeres y niños trabajaban igualmente en la obra esencial de la economía doméstica. Unos sacan la ropa de la caldera y la ponen en prensa para exprimir el agua que contiene; al lado de éstos está la lámpara con la vinajera de aceite para poder trabajar durante la noche; otros llevan las telas á las lavanderas que las pasan á unas jarras grandes de metal. Hé aquí algunos jóvenes que aprensan los paños en conchas; algunos de sus camaradas los extienden y otros llevan el banco de legía semejante al que conocemos. Mientras riñen con las mujeres ocupadas en el mismo trabajo, la ama lavandera da un pedazo de género á una buena muchacha que lo recibe escuchando con atencion las recomendaciones de su superiora.

Dejemos un momento la ciudad cuyos habitantes y cuyas artes conocemos, un paseo al campo nos será tanto más agradable cuanto que podemos hacerlo sin salir del museo. Los hermosos frutos de la Campaña no han cambiado desde la destruccion de Pompeya; se puede juzgar de ellos por los que están pintados y conservados. La manera de regar es la misma. Ved á ese jardinero que conduce su asno cargado de ánforas y cubierto con el simple arnés que podeis conocer todos los dias por la mañana en la plaza del Mercado. El dia en que se mata un cerdo es una fiesta de familia en el campo, y lo mismo era en tiempo de Augusto. Los Pompeyanos de otro tiempo trabajaban como los

Campanianos de hoy. Hé aquí sus instrumentos aratorios, sus pirchas, sus azadones, sus bancos, sus picos, sus garfios, sus horcas, sus rastrillos, y hasta rascadera para limpiar el arado.

Los pastores son inseparables de los labradores. Este fresco de diez y ocho siglos os enseña, en sus costumbres y en sus hábitos, á los pastores de aquel bello país de Nápoles. Siguen su rebaño que se extiende hasta la verde llanura; dos pastorcillos ordeñan una cabra y uno de ellos recibe la leche en una jarra; otros la aprensan y hacen de ella la *ricota*,<sup>1</sup> todavía tan buscada por los Napolitanos y los Romanos, la depositan en un canasto y hé aquí en el museo los restos de estos canastos conservados cuidadosamente entre los objetos preciosos. Durante la operacion, otro pastor toca la zampona; y si este instrumento, hecho de una simple caña, no ha podido resistir al tiempo, hé aquí la cornamusa de bronce y hueso, la otra que era de pieles se ha consumido, pero podeis tocar la bonita cadenilla de bronce que sostenia el instrumento campestre al cuello del pastor. ¿Os seria agradable oír la campanilla ó el cascabel suspendido del cuello de las cabras, de las ovejas, de los bueyes ó de las vacas del siglo de Tito? tirad del cordoncito que está en el armario, poned el oído y oireis un sonido ronco ó argentino, enteramente semejante á aquel que en las mañanas os despierta cuando los pastores conducen sus vacas y sus cabras por las calles de Nápoles.

Este espectáculo nos obliga á hacer una reparacion de honor al cantor de los Eglogas. Habiamos creído que los pastores de Virgilio eran seres imaginarios, cuyo tipo habia creado el poeta con trajes, costumbres, hábitos y lenguaje; no hay nada de esto ó casi nada. Virgilio, geógrafo cuan-

<sup>1</sup> Leche recocida.

do describe la gruta de la Sibyla y el lago Averno, es historiador cuando canta la vida pastoril.

III. *Vida privada*.—¿Qué eran en el interior del hogar doméstico esos hombres que hemos visto en los templos, en las ciudades y en los campos? ¿Cuáles eran sus costumbres, sus muebles, sus utensilios, los objetos de lujo ó de necesidad de que se servian? Es fácil satisfacer nuestra curiosidad. Y desde luego podemos tomar parte en los juegos de los niños. Hé aquí algunos grupos que se divierten; segun costumbre, el uno rie, el otro llora, aquel está mohino, éste juega tranquilamente mientras su vecino acaricia un gatito. Algunos pequeñuelos y niños juegan á la tábala, y los huesecillos no están pintados, sino que los hay en realidad; os es permitido tomarlos y jugar con ellos como hicieron hace diez y ocho siglos los que se servian de ellos. Lo mismo sucede con las alegres *peonzas* y los verdaderos *trompos* que tanto hicieron correr á los pequeños Pompeyanos y que han conservado el privilegio de hacer correr á muchos otros. ¿Habreis visto trotar en las avenidas del Luxemburgo el coche tirado por cabras que causa tanto gusto á muchos centenares de niños parisienses? pues bien, los niños de Pompeya lo conocian tambien. Las cabras han muerto, pero el coche existe; miradlo, es de bronce, de cuatro ruedas y de cuidadoso trabajo.

Pero si hay tiempo de recreo lo hay tambien de trabajo para los niños; veámosles en obra. ¿Necesitábais sandalias? pedídselas á ese joven zapatero que trabaja inclinado sobre su obra. ¿Necesitais una caja? el aprendiz de carpintero os hace una, y así en otros oficios. No es esto todo: los niños de todos los países tienen una inclinacion muy conocida á imitar todo cuanto ven hacer, muchas veces tienen un atractivo particular en representar